



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 17 DE ENERO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Llegadas, salidas y permanencias

NUBE DE CENIZAS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El avión despegó puntual, a las seis treinta de la mañana, con un plan de vuelo tan firme como el hielo profundo del Polo Norte. Se trataría de un viaje largo, un suspiro de doce mil kilómetros de distancia, y duración de catorce horas y media. El capitán había realizado ese viaje, de Indonesia al Reino Unido, casi un centenar de veces. Sus horas de experiencia lo habían convertido en un sabio: Consideraba que su trabajo era simple, comparado con el que había tenido su abuelo como piloto en la II Guerra Mundial, a quien le había tocado comandar cuarenta y cinco misiones sobre la Alemania nazi, de las cuales había salido ileso, pero muy lejos de la tranquilidad de los molinos de viento en su granja natal, en Carolina del Norte.

Al capitán le encantaba volar. Saber que se encontraba a una altitud de más de diez mil metros le causaba un furor como el de la ceniza que desprende un volcán, a punto de la erupción. Y para él, el tiempo lo era casi todo. Para despertar por la madrugada y dirigirse al aeropuerto, para abordar y comandar un grupo de trabajo cuyas vidas, en alguna eventualidad, podrían estar bajo su cargo. Para despegar y aterrizar en el momento correcto, con la precisión de la llama que enciende un cigarrillo.

En su asiento, a veces intentaba imaginar lo que sentirían los viejos pilotos que comandaban vuelos, cuando existían computadoras, la herramienta que ahora hacía sentir a cualquier hombre que un avión puede volar solo. ¿Cómo sería hacer volar un planeador? La experiencia no le era desconocida: la adrenalina de salir, justo a tiempo, fuera de un lugar a punto de explotar. Su abuelo había conservado un viejo planeador en buen estado, que él, cuando joven, alcanzó a pilotear.

Y ahora, en 2021, el plan fijo de vuelo de Yakarta a Londres introducía al avión en una zona inundada por la ceniza de un volcán. La libertad que piloto y copiloto sentían, les estaba llevando a una experiencia que pocos aviadores probaban en vida: la de nadar entre humo espeso, la de olfatear a ciegas, de conducir por la noche varios kilómetros de carretera sin luces; quizás algo como exprimir el jugo de limón en los ojos del enemigo hasta dejarlo ciego. El gozo y el miedo de probar una paleta de hielo, envenenada en lo profundo.

Pensó en los tiempos en los que se decidía entre ser chef o volverse piloto aviador. Pensó en conceptos como "El tiempo de vida de la comida". "El contenido de este empaque caduca el 20 de febrero". Recordó que saber desprenderse, decir adiós, es parte de saber disfrutar del tiempo de vida de las cosas. "La aviación cambió, y no dejará de cambiar", se dijo a sí mismo.

Llevaban veinticinco minutos inmersos en la nube de cenizas flotantes del volcán, cuando la computadora del avión les dio la señal. Él podía conservar la calma. ¿La mantendrían su copiloto y



su tripulación? Pensó en tomar el micrófono y anunciar alguna broma: tal vez algo así como: "No se preocupen, chavos, yo sé volar esta cosa. La semana pasada me gradué: del trencito de Disneylandia". Y estuvo a punto de soltar una resonante carcajada. Pero no lo hizo, porque ni su propio copiloto la comprendería.

Más bien, leyó inmediatamente el terror dibujado en el rostro de su joven colega. Los cuatro motores del avión se habían apagado. Les restaban ciento cincuenta kilómetros para planear, o estrellarse. Pensó que debía avisar a su tripulación. Así es que el capitán Eric Moody se acomodó lo mejor que pudo en el respaldo del asiento, levantó su hombro derecho intentando relajar sus músculos, abrió el micrófono y dijo: "Damas y caballeros. Les habla el capitán. Tenemos un pequeño problema. Los cuatro motores de esta aeronave se han detenido. Estamos haciendo hasta lo imposible para reiniciarlos. Confío en que no estén demasiado estresados". Y cerró el suich. Se tranquilizó un poco. Sus pasajeros tenían derecho a saber lo que probablemente sucedería. Nadie merecía ser sorprendido, no había necesidad.

Al capitán Eric Moody, su humor nunca lo abandonó. Pensó en volver a dirigirse a la tripulación para añadir: "Mientras tanto, disfruten de todo nuestro servicio de cabina". Pero otra vez, no consideró que la broma pudiera ser comprendida.

Luego de unos minutos de ansiedad, se escucharon aplausos y gritos de euforia. Los motores se habían reinici-

ado. Los doscientos cincuenta pasajeros, desde ese momento, aprovecharían la nueva oportunidad que se les presentaba para hacer en vida, todo aquello que nunca se habían atrevido a intentar.

SALIDA ÚNICA

OLGA DE LEÓN G.

Se levantó tres horas antes de que sonara la alarma de su reloj. Y, como las madrugadas anteriores, sin sueño, completamente despabilada. Era un día cualquiera, un miércoles como el de la semana pasada, e idéntico al de hacía uno, dos o tres meses. Nada diferente a los anteriores, vividos plácidamente en nuestra común percepción: la de ella y la mía. Ella me habitaba, y gobernaba todos mis actos; a veces se hacía claramente presente, participaba por su cuenta, pero desde mi mirada, mi rostro y mis ademanes; otras, detrás de mí, encubierta, también con gran dominio de la situación, entonces yo solo era un juguete en sus manos.

Primero entró solo en mi mente, eso debió ser poco a poco, sin que yo, la verdadera yo, me diera clara cuenta de su presencia. Entre los diecisiete y veinte años, apenas si la sentía. Era como si estuviera y no, todo el tiempo. Al principio, me gustaba tener alguien más conmigo; era mi aliada cuando se presentaban problemas, o cuando tenía demasiadas tareas que resolver para la universidad.

Después, ella decidía con qué ayudarme y con qué no, era caprichosa, más según fue adueñándose de mis neuronas.

Un día, sin avisármelo, entró en mí... de cuerpo entero. Para entonces, yo

había cumplido la mayoría de edad. En casa, decían que me había vuelto muy rebelde, más independiente y que nadie podía contradecirme, pues terminaba imponiendo mi voluntad sobre todos: fuera quien fuera. Pero nadie se percató de que ese cambio no era natural en mí que siempre había sido dócil y dulce. Yo me fui achicando, me fui diluyendo en su esencia que me había penetrado por completo.

Pasaron los años, me casé, tuve un par de hijos, y solo rogaba porque ella no quisiera quitármelos, quitarme su cariño. Los hijos crecieron y pude educarlos, sin su intervención. Descubrí que la que no era yo, era demasiado egoísta para amar a alguien que no fuera ella misma: yo solo fui el instrumento ideal para manifestarle al mundo cuán fuerte y poderosa era ante cualquiera.

Pero, ella necesitaba de un estímulo, algo o alguien que pretendiera enfrentarse o dominarme a mí. Así pasamos varios años. Durante algunos casi no sentía tenerla habitándome: se me olvidaba, o era que ella dormía años y luego de pronto se despertaba y me hacía notar que aquí seguía... como cuando teníamos problemas mi marido y yo, y los gritos, injurias y ofensas estúpidas iban y venían de un lado al otro. Hasta que ella aparecía y no sé exactamente qué pasaba o qué decía por mi boca, que todo terminaba en un sepulcral silencio. Eso me gustó. Entonces, yo la usaba para acallar la furia y mal carácter de mi marido, con el silencio.

Silencio que aprendí a amar y practicar en el día a día de "convivencia" con él. Dejé de hablarle, y de contestarle a todo cuanto me preguntara. Los pleitos se fueron haciendo cada vez menos frecuentes. ¡Claro!, si el pleito no es entredos, no hay pleito.

Pero, ella terminó por asentarse su reino en mí. Y la inseguridad acabó por dominarme. Todo me daba miedo. Y, en medio de aquella tremenda pandemia que vivió el mundo durante más de tres años, mi fortaleza estaba seriamente amenazada, a pesar de que mi familia estaba sana y salva de contagios.

En la debilidad de mente y carácter que se me fue desarrollando, llegué a pensar si no sería ese huésped en mi cuerpo y mente, quien tendría algo que ver, con el hecho de que nadie hubiésemos sido contagiados. Creo que estaba al borde de la locura, o quizás de transmutarme en huésped de mis propios cuerpo y mente: había llegado al clímax de la pérdida del ser y su conciencia.

Así que estando en ese punto de mi existencia, por años compartida en secreta soledad con ella solamente, opté por la única salida: matarla o morir.

Pero, ¿cómo podría acabar con ella sin que en el intento también yo desapareciera?

Esta fue la única salida que encontré, en medio de la confusión y la niebla que me invadía: jamás volver a escribir ningún cuento, narrativa o ensayo sobre ella: el otro que nos habita en silencio; porque, en él, está su fuerza.



Camilo José Cela

Escritor español. Residió en Mallorca, donde en 1956 fundó la revista Papeles de Son Armadans. Desde muy joven compuso poesía, con ecos e influjos de autores como Pablo Neruda y Rafael Alberti, y algunos pasaron al libro *Pisando la dudosa luz del día* (1945).

Pero su personalidad literaria se desarrolló como prosista, dentro de los géneros de la novela, el cuento y el libro de viajes. Alcanzó súbita notoriedad en 1942 con la novela *La familia de Pascual Duarte*, una de las pocas obras destacadas de la década. Son las supuestas memorias de un campesino extremeño, autor de múltiples crímenes, que acaba en el patíbulo. La narración, escrita en una prosa desgarrada y deliberadamente tosca, se complace no sin humor en un tremendismo que cabe emparentar con el de la picaresca o el de ciertos relatos de Pío Baroja.

A partir de entonces su trayectoria transitó por las sucesivas tendencias de la narrativa española de posguerra, hasta erigirse en uno de los valores paradigmáticos de la literatura posterior a la Guerra Civil, junto a autores como Miguel Delibes, Carmen Laforet, Juan Goytisolo, Rafael Sánchez Ferlosio o Gonzalo Torrente Ballester. Su siguiente novela, *Pabellón de reposo* (1943), se centra en un grupo de tuberculosos internados en un sanatorio. Nuevas andanzas y desventuras del *Lazarillo* (1944) es un intento -frustrado, según reconocería el propio autor- de pastiche sobre una novela clásica. Suceden a estas obras los primeros y mejores libros de viajes, modalidad paisajística y testimonial: *Viaje a la Alcarria* (1948), muestra perfecta del género, y *El gallego y su cuadrilla* (1949).

En 1951 publicó su novela más famosa, *La colmena*, panorámica de la vida madrileña hacia 1942, en el ambiente depresivo de la posguerra. Ya el título evidenciaba el propósito de referirse al colectivo de una ciudad, sin argumento ni protagonista definidos. Con un complejo montaje para ubicar y seguir a más de trescientos personajes y con una técnica que con reservas cabe calificar de objetivista, el escritor traza un desgarrado testimonio de las zozobras y estrecheces de una sociedad. El director español Mario Camus realizó en 1984 una estimable adaptación cinematográfica, premiada en el Festival de Berlín.

En 1989 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura, y en 1995, el Premio Cervantes.

ad pédem literae

La mitad de la vida es suerte, la otra disciplina; y ésta es decisoria ya que, sin disciplina, no se sabría por dónde empezar con la suerte

Carl Zuckmayer

Letras de buen humor

Tres podrían guardar un secreto si dos de ellos hubieran muerto.

Benjamin Franklin

Mónica Lavín

Los abrazos no dados

Me queda en el cuerpo y en el ánimo la añoranza por los abrazos no dados en el 2020 y los que aún no podemos dar. No pude abrazar a Josefina Estrada después de la muerte de su marido, el poeta Sandro Cohen...

Quisiera escribir esto con un talante luminoso a tono con la sentencia en mi galleta de la fortuna de anoche: posee una fe optimista y confianza en la vida. Quisiera escribir estas líneas incendiada por la certeza de la pronta salida del túnel pandémico, después de la vacunación. (Porque de las "ocurrencias" presidenciales que nos llevan de regreso al momento donde no existían los organismos autónomos como el Indautor —no más de los que se quiere centralizar—, el salvaguarda de los derechos intelectuales de la obra creativa, no hay antídoto posible más que el intercambio razonable de ideas en un congreso plural y no uno que obedezca al látigo del domador.)

Quisiera estar tranquila de que para la mitad de este año habrá habido una vacunación masiva, como lo proponen las autoridades actuales. En esto coloco el beneficio de la duda, más como un acto de fe, porque a todos nos conviene, aunque tardemos años en salir de la oscuridad económica y de ciertos trastornos psicológicos en adolescentes y duelos irremediables a nuestro alrededor. A pesar de ineficiencias gubernamen-

tales, de una narrativa de un falso optimismo, del desdén original al cubrebocas y de la no coerción para actitudes de responsabilidad social, quiero conceder a las estrategias de salud pública la posibilidad de que sean eficaces esta vez. Lo intentarán porque conviene políticamente, porque no cumplir con las metas será la antesala de su funeral.

Quiero pensar que en la segunda mitad de este año, al que hemos dado la bienvenida con un tiene que ser mejor que el anterior, la sana distancia será una práctica de arqueología social para los estudiosos en el futuro. Que cuando nos miremos seamos como la pareja encontrada después de 50 años en un abrazo congelado en el pico de Orizaba.

Me queda en el cuerpo y en el ánimo la añoranza por los abrazos no dados en el 2020 y los que aún no podemos dar. No pude abrazar a Josefina Estrada después de la muerte de su marido, el poeta Sandro Cohen; no pude abrazar a Anamari Gomis, viuda de Salvador de Lara, a Rowena Bali, compañera de trabajo de Juan José Reyes, ni a la familia de Clemente Merodio; no pude abrazar a Marisol Schultz por el premio Princesa de Asturias a la FIL Guadalajara ni a Elmer Mendoza cuando le dieron el Premio Negra y Criminal del Tenerife Noir; no pude abrazar a mis hermanos en sus cumpleaños ni a mis hijas y sobrino ni a Augusto Elías en sus 95 años; no



pude abrazar a Gregorio Perujo, que poco se dejaba abrazar, y a todos los que lamentamos su muerte súbita. No he podido abrazar a cada uno de los amigos que he visto y a los que no he visto. Me queda un cuenco vacío entre el pecho y los brazos que no sé cómo se va a llenar. Porque los abrazos no dados a los que ya se fueron no se pueden restituir.

Quiero imaginarme el destape abrazador: ese contacto que en los hospitales se ofrece como una fórmula terapéutica, aunque las personas no se

conozcan. Sospechar el cierre del 2021 como una orgía de abrazos largos, corazón a corazón, respiraciones cercanas, lágrimas, risas, bromas. Quiero verme al augurio de la galleta que me comí anoche y soñar los abrazos infinitos donde el silencio es elocuente. Quiero volver a creer en la elocuencia del silencio en tiempos post virtuales. (Y quiero, querido lector no tienes porque saberlo pero la fecha obliga, abrazar a mi madre —que ya no está— porque hoy es su cumpleaños.)